Relatos
pal Desolvido
Narrativas de la Verdad Histórica

12

El ganado

Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 12

El ganado

Relato pal desolvido derivado del informe *Defender la vida, recuperar la memoria. Trayectoria e impactos del Bloque Córdoba.* Tomo I. n.º 22 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2025. 408 págs.

Centro Nacional de Memoria Histórica

El ganado

Relato pal desolvido n.° 12.

Colección • Relatos pal Desolvido
Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)
Dirección General

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea conceptual, metodológica y articulación técnica de los proyectos de investigación-creación. Apropiación Social de la Verdad Histórica. DAV.

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026

Número de páginas: 28
Formato: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-09-9
ISBN digital: 978-628-7948-10-5
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica. (2026). *El ganado*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos Relatos pal Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica.
El ganado / Centro Nacional de Memoria Histórica ; investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración Fabián Mauricio Carvajal Álvarez ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2026.

28 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desolvido ; n.° 12).

ISBN impreso: 978-628-7948-09-9
ISBN digital: 978-628-7948-10-5
ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5
ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica - Colombia 2. Conflicto armado - Colombia 3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II. Carvajal Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar Sabogal, Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional de Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66 CO-BoCMH

Relatos
pal Desolvido

I

Finca La Novicia, municipio de Planeta Rica, Córdoba, cerca de 60 kilómetros al suroriente de Montería.
Junio de 1999

Aquella madrugada, Víctor Julio se levantó poco antes de lo habitual. Había tardado en conciliar el sueño la noche anterior y, antes de despuntar el alba, el insomnio volvió vestido de vigilia.

En lugar de chanclas, se puso botas y un saco y salió a recorrer las hectáreas que abarcaba su propiedad. Necesitaba aire fresco para sus pulmones y claridad en la cabeza. Con los años, todo en su vida se había vuelto más complejo, más complicado; además, le faltaban tan solo algunos meses para cumplir los 55, cifra redonda, peligrosamente cercana a los 63 años que duró su papá.

Mientras caminaba, dejándose toser, pensó en su edad y también en su padre, ganadero como él, que nunca alcanzó fama ni fortuna pese a haberse roto el lomo de sol a sol, incluso desde antes de que Víctor Julio naciera.

Pensó en muchas cosas; sin embargo, su mente empecinada volvió al tema más urgente: había llegado el día de la feria bovina, la oportunidad para exponer y ofrecer en Montería una muestra de sus mejores especímenes vacunos. La competencia estaría reñida, de eso no había duda; pero tampoco debía haber razones para temer malas ventas. Pese a esto, Víctor Julio seguía dudando; crecía en él una suerte de premonición que no auguraba nada especialmente bueno.

Estuvo caminando sin pensar en el tiempo, que se pasó muy rápido, hasta que una joven de piel trigueña, Maritza, que trabajaba en la cocina de la casa, llevando un blanco delantal con encajes, logró alcanzarlo para avisarle que el desayuno ya estaba listo.

El gesto dubitativo y meditabundo, tan pronto vio y escuchó a Maritza, se convirtió en ademán adusto; y los pasos, antes lentos y vacilantes,

recuperaron su ritmo firme de siempre. Víctor Julio no le agradeció, pero la siguió; y, por el camino, sabiéndose patrón, saludó a dos trabajadores que se disponían a comenzar con el ordeño matutino de cada día.

Sentados ya a la mesa, desayunando, estaban su hijo mayor, José Miguel, de dieciocho recién cumplidos; y su esposa, Brigitte, unos seis años menor que Víctor Julio, bautizada así en honor de la *vedette* francesa, pese a su poca similitud física. Fue ella, precisamente, quien abrió la conversación:

—¿Ya todo listo para la feria? —Víctor Julio la miró y asintió—. ¿Y vas a irte en la camioneta?

—No tengo otra —respondió él llevándose un gran bocado a la boca.

—Salieron hace poco unas camionetas nuevas, muy buenas. Una se llama Prado, Toyota Prado; la otra tiene nombre en inglés, como Bléisner, o algo así…

—También podría ir —la interrumpió Víctor Julio— en uno de los camiones, con las vacas… pero esos ya desde ayer salieron.

—¡Ay, Julio! —exclamó ella— ¡Siempre tan exagerado! Pero está bien, si no quieres cambiar la Jailus que tenemos desde que los niños estaban chiquitos…

—Estoy de acuerdo —habló entonces el joven—; no me imagino manejando ese carro en Bogotá. Pensarán que soy campesino.

—Ese es otro tema —retomó Brigitte—; Migue se graduó en diciembre pasado y ya está claro que por aquí no hay ninguna universidad que le ofrezca el futuro que se merece.

Algo iba a decir Víctor Julio, pero su hijo se adelantó:

—Creo que no es mucho pedir estudiar en Bogotá. Eso sí, no en cualquier universidad. Yo no soy como mi hermana Nelly —que en ese momento dormía en su habitación—, que dice que lo que ella quiere estudiar no hay en este país.

Víctor Julio, viendo que una escena conocida se repetía en su mesa, se abstuvo de responder. Terminó el alimento, bajó de un sorbo el café ya tibio, se puso de pie y ganas no le faltaron

para pedirle a su hijo que lo acompañara a la feria bovina en Montería, pero salió solo y, poco antes de subir a la camioneta, escuchó que su esposa le gritaba:

—¡Éxito en las ventas, mucho éxito, que eso es lo que necesitamos!

* * *

Víctor Julio llegó a Montería entrada la mañana. El sol ya pegaba con ganas sobre el predio ferial y el olor a boñiga y a bestia sudada se mezclaba con el de las fritangas que algunas mujeres vendían desde improvisados toldos en los bordes del recinto. Era un olor que él conocía de toda la vida y que, sin embargo, ese día le resultó menos soportable que de costumbre.

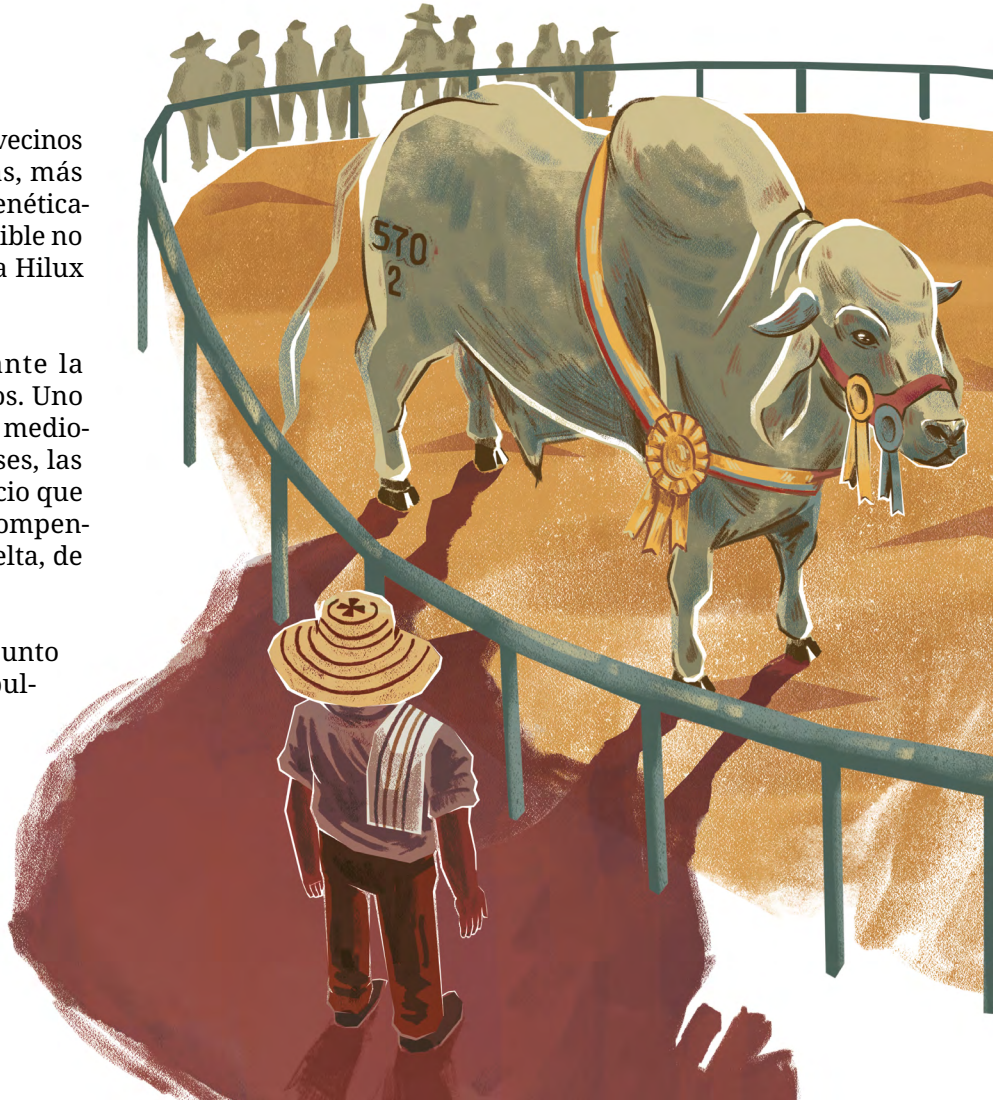
Sus veintidós reses habían llegado la noche anterior en los camiones. Las encontró en el corral que les habían asignado, tranquilas, ajenas al propósito del día. Caminó entre ellas despacio, como quien repasa un argumento antes de exponerlo. Eran buenos ejemplares, eso no lo dudaba; pero mientras se movía entre ellas, fue notando, con una incomodidad que

prefirió no nombrar, que en los corrales vecinos había reses de otro calibre: más ancas, más lomo, más todo. Animales mejorados genéticamente, con papeles y todo. Le fue imposible no pensar en la diferencia entre su Toyota Hilux y los nuevos modelos ahora de moda.

Llegaron algunos interesados durante la mañana. Miraron. Preguntaron precios. Uno que otro asintió sin comprometerse. A mediodía, Víctor Julio había vendido dos reses, las menos prometedoras del lote, a un precio que no valía la pena celebrar porque no compensaban el costo del transporte, ida y vuelta, de las reses expuestas.

Cerradas las ventas, se quedó parado junto al corral un momento largo, con los pulgares metidos en el cinturón, mirando sin ver. Luego escupió al suelo —flema transparente, pero dolorosa—, se acomodó el sombrero y fue a buscar aire fresco para sus pulmones, claridad en la cabeza y licor para pasar el mal trago.

* * *



Esa noche, por su intensa actividad, Montería invitaba a quedarse. Víctor Julio quiso buscar un teléfono, llamar a su esposa; incluso, en un momento de debilidad, quiso confesarle el fracaso. Pero Brigitte ya no era su confidente, más bien su varapalo. Así que para qué amargarse antes de tiempo.

Sus pasos lo llevaron a un local en el que halló a otros ganaderos que, al verlo, lo recibieron ofreciéndole una copita de aguardiente.

Quizás eso era lo que necesitaba: nadie que le preguntara su nombre, nadie que le pidiera explicaciones. Así, recibió la copa, brindó, bebió y se acomodó en una de las sillas Rimax sin dueño, junto con otros hombres que identificó como sus semejantes.

Pero ahí no terminó esa noche ni ese día.

El que más hablaba allí era un tal Hernán Darío, ganadero de San Pelayo, corpulento, con una cadena de oro visible sobre la camisa abierta hasta el tercer botón. Ese día, en la feria, había vendido bien, eso se notaba antes de que abriera la boca: en la manera de pedir las rondas, en el modo de reírse, en la forma que abría las piernas al ocupar su silla.

Sin que nadie le preguntara, Hernán Darío empezó a soltar, entre copa y copa, lo que él llamaba la «clave del negocio del nuevo siglo». Dijo que ya había dejado de pagar vacunas. Que eso era tirar la plata. Que él, en cambio, había aprendido a invertir en la «verdadera seguridad». Alguien rio. Otro sirvió una nueva ronda.

Así, el licor fue aflojando los nudos, neutralizando las desconfianzas y, eventualmente, alguien, quizás el más joven de la mesa, quiso saber cómo era exactamente «la vuelta».

Hernán Darío bajó un poco la voz, no por miedo, sino por el placer de que lo escucharan con atención:

—La ganadería no es solo un negocio de vacas, mijo. Eso es tan solo un eslabón. Hay que integrarse bien con el mercado, el mercado internacional, ¿me entiende? El que sabe con quién conectarse, prospera. El que no, sigue pasando penas, eso si no se hunde —y miró directamente a Víctor Julio, que se sintió interpelado, cuando no desnudo.

Avanzada la botella, Víctor Julio esperó un momento en que los demás se enredaron en otra conversación y se arrimó a Hernán Darío con la discreción de quien pide un favor que no quiere que le vean pedir.

—Oiga, don Hernán, y eso que usted dice, ¿cómo hace uno para… conectarse?

Hernán Darío lo miró un segundo, calibrándolo. Luego sonrió con la tranquilidad de quien reconoce que la presa ha mordido el anzuelo. Sacó del bolsillo de la camisa un papelito doblado en cuatro y lo deslizó sobre la mesa con dos dedos, como quien mueve una ficha.

—Llame a ese número. Pregunte por el Mono. Dígale que va de mi parte. Eso es todo.

Esa noche, Víctor Julio durmió en Montería. Al día siguiente, antes de recoger la Hilux del parqueadero, buscó un teléfono público y, en lugar de llamar a su esposa, marcó el número anotado en el papelito de la noche anterior. La conversación fue corta, las palabras, pocas y precisas. Cuando colgó, se quedó un momento con la mano todavía sobre el auricular, mirando la calle sin verla. Luego soltó, respiró hondo y caminó hacia la camioneta.

De regreso a Planeta Rica, con diecinueve reses que nadie había querido comprar y el flete pendiente por pagar, Víctor Julio condujo más despacio que de costumbre, no tanto por estar encabezando su retirada; tampoco era que estuviera cansado. Más bien fue porque, tras la conversación telefónica, había vuelto a su pecho una emoción muy parecida a la esperanza.

Lo que el Mono le había propuesto era algo «sencillo»: una alianza, no tanto de protección, sino para hacer negocios. Los hombres del Mono necesitaban fincas y cabezas de ganado para presentarlas como el origen legal de sus abundantes ingresos; a cambio, el ganadero que prestara ese servicio recibiría una comisión, también acceso a crédito barato y, lo más importante, precios «preferenciales» sobre tierras que tarde o temprano quedarían disponibles en la región.

Víctor Julio no preguntó por qué quedarían disponibles; no quiso pensar en quienes sufrirían despojo y desplazamiento. Menos aún inquirió por el verdadero origen de los abundantes ingresos del Mono y sus hombres; ya para entonces se sabía en la región la cantidad de plata que movía el narco. Simplemente accedió a las condiciones, impulsado tanto por ese sentimiento parecido a la esperanza, como por el afán de amasar él también su propia gran fortuna.

«La ganadería no es solo un negocio de vacas» —se dijo en voz alta pensando, más que en Hernán Darío o en el Mono, en su padre, y en que ahí estaba la clave para no terminar como él.

II

Hacienda La Novicia, municipio de Planeta Rica, Córdoba.
Noviembre de 2004

Llegó el día en que Víctor Julio cumplió sesenta años. Y Brigitte no escatimó esfuerzos ni recursos disponibles para organizar la celebración que tal ocasión merecía e invitar lo más granado de la alta sociedad cordobesa.

Desde que se enteró de las intenciones de su esposa, supo que el objetivo no era festejar su llegada a la tercera edad, sino establecer nuevos contactos, ampliar la clientela y, no menos importante, ostentar abundancia.

Llegaron ganaderos de San Pelayo, de Lorica, de Sahagún y hasta de Antioquia. Llegaron otros hombres, solos o con su atractiva compañía, de traje o uniforme con insignias. Llegaron también políticos de la región. Y, entre todos

ellos, arribó Hernán Darío, más corpulento que antes, con una cadena de oro más gruesa, a quien Víctor Julio abrazó al saludarlo con la familiaridad de los socios.

Brigitte recibía a los invitados en la sala ampliada. Llevaba un vestido rojo que le había costado lo que cuesta un ternero. Víctor Julio la observó desde lejos, como se mira algo que no se termina de reconocer. El bisturí le había quitado años al rostro, eso era cierto; pero también le había quitado o sumado algo que él no sabía nombrar, algo que tenía que ver con la manera en que ella fruncía el ceño cuando reía o con el pliegue particular de su boca cuando lo sermoneaba. La Brigitte de antes ya no estaba; en su lugar había una madura mujer atractiva, ligeramente parecida a Brigitte Bardot (sobre todo por el color del pelo).

José Miguel había venido desde Bogotá con una novia de apellido compuesto, estudiante de posgrado, que miraba la hacienda con la curiosidad de quien visita un lugar pintoresco. El hijo se movía entre los invitados con una soltura que no había aprendido en Planeta Rica, haciendo comentarios que arrancaban risas en los recién llegados y que a Víctor Julio le llegaban como pequeñas piedras lanzadas sin puntería aparente, pero que siempre encontraban el blanco.

Nelly, que había regresado de sus estudios en el exterior con un acento levemente modificado y pocas ganas de disimular el aburrimiento, se había refugiado en la terraza con su teléfono celular, que en 2004 ya era lo suficientemente moderno como para mantenerla ocupada y lejos de cualquier conversación que no le interesara.

Durante la cena, un viejo conocido de la familia —un veterinario de Montería que no visitaba la hacienda desde hacía unos tres años— miró hacia la cocina y, con expresión nostálgica, preguntó:

—¿Y Maritza?

Hubo un silencio general breve. Brigitte respondió sin levantar la vista del plato:

—Ella se fue. Se consiguió un novio y dejó el trabajo tirado.

Nadie insistió. El veterinario asintió y volvió a su plato. Poco después, la conversación retomó su curso, como el agua que rodea una piedra y sigue.

Víctor Julio no dijo nada, pero lo que le quedaba del almuerzo (más de la mitad de lo servido), lo comió de gula.

* * *

Ya atardeciendo, harto Víctor Julio de su rol de anfitrión exitoso, salió a dar una vuelta por la hacienda. Necesitaba aire fresco para sus pulmones y claridad en la cabeza.

Rondando la casa, dos hombres con fusiles lo saludaron con una inclinación de cabeza. Él correspondió con el mismo gesto marcial de siempre, el del patrón, y siguió caminando hacia las caballerizas. Tenía ahora cuatro buenos caballos —adquiridos a precios que no hubiera conseguido en ninguna feria— de paso fino, que eran unas de las joyas de las que solía jactarse ante sus invitados.

Caminó despacio entre los establos, pasando la mano por el lomo de uno de los animales, que respondió con un resoplido tranquilo. Afuera, desde la casa, llegaba el ruido apagado de la fiesta. Adentro, en las caballerizas, olía a paja y a cuero, y a algo que se parecía, remotamente, a la finca que él había recorrido en una madrugada, años atrás, cuando no podía sospechar que la alianza con nuevos socios cambiaría tantas cosas.

Entonces llegó la tos, profunda, primero, como un taladro en el pecho, luego un ardor que subió hasta su boca como lava saliendo por el cráter de un volcán. Su cuerpo se sacudió. Los caballos lo miraban; él, aferrado a un madero cercano, disputaba con el aire cada mililitro de oxígeno.

Pudo superarlo; aunque tuvo que escupir varias veces, sacar la podredumbre. Y al verla, a sus pies, tras ser escupida, el color escarlata que se presentaba allí lo hizo mirar hacia arriba, hacia otra parte, pretender que eso no había salido de él.

Escuchó voces. Un instante después, apareció Hernán Darío.

—Julito, casi que no lo encuentro. Imagino que vino a revisar cómo están los caballos. ¡Mucha belleza de animales! Se nota que los cuida con esmero.

Víctor Julio asintió, sin abrir la boca, pensando aún en el color de lo escupido.

—Acompáñeme —prosiguió Hernán Dario—. Tengo alguien que está ofreciendo un buen terreno en el sur del departamento. Cada hectárea le sale a cincuenta mil pesos. ¿Le suena?

Víctor Julio agradeció, asintió y siguió los pasos de quien lo requería, sin dejar de repetirse: «Ojalá todo este derroche sirva palgo».

Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:

O ingresa al siguiente enlace:

https://centrodememoriahistorica.gov.co/defender-la-vida-recuperar-la-memoria-trayectoria-e-impactos-del-bloque-cordoba/

Relatos
pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la Imprenta Nacional de Colombia en agosto de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias tipográficas Elephant, Noto Serif y Georama

Centro Nacional de Memoria Histórica

Víctor Julio lleva toda la vida criando ganado en Córdoba, igual que su padre, pero, en la feria bovina de Montería, las ventas no dan y los corrales de los demás tienen mejores reses. Esa noche, entre copas, un ganadero próspero le susurra que hay otra forma de hacer el negocio. *El ganado* es una historia sobre la ambición que puede llevar a un pequeño ganadero a vincularse con el proyecto paramilitar.

ISBN impreso: 978-628-7948-09-9
ISBN digital: 978-628-7948-10-5